Salvador Amorós

La Iglesia y el Hospital

EN 1950

SALVADOR AMORÓS

La Iglesia y el Hospital en 1950

Ensayo lírico-dramático en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, original, con música del maestro

Don EUSEBIO BOSCH

Estrenada con éxito la noche del 4 de Julio de 1908, en el **Gran Teatro del Bosque y Nuevo** de Barcelona.



Imprenta y Encuadernaciones de PEDRO TUGAS.
Travesía de la Rambla, 9 y 11.
SABADELL.

A Doña Elena Valdivia

Señora: Si el amor á la humanidad es principio de perfección, es usted perfecta. Sin usted, sin sus sanos consejos y el de sus hijas Ramona y Elena, á estas horas sería lo que era, un segundo apunte que hacía *versos* y era la *mofa* y el *escarnío*, de algunos de aquellos que se dicen compañeros, su tolerancia en juzgarme me hizo pensar en algo más elevado que pertenecer á una compañía, donde el *reflejo de los astros* que en ella figuraban obscurecía la debil luz del escritor principiante, así es que...

A V. que tendió la mano al niño dedico mi primer ensayo. No en pago de su desinteresado cariño puro y honrado como el de una madre, no; eso no puede pagarse si no en recuerdo de que aquel niño no es ingrato, no olvida y paga como puede poniendo el nombre de Elena Valdivia con el de su madre Rosa Arellano.

Amorós.

Queridísimos compañeros y dignos intérpretes de este pobre ensayo mío, y como mío pobre, vuestro talento y buena fé salvó, lo que solo los cómicos, actores, ó intérpretes del arte representado pueden salvar al autor, que empieza. Así es que á todos vosotros sin distinción compañeros de este, mártires sublimes que lleváis la ilustración á los pueblos, ciudades y aldeas, os dedica en parte su modestísimo trabajo.

El Autor.

A Ramón Lahiguera

Que quieres que te diga
caro amigo
si el estreno te debo
y te lo digo

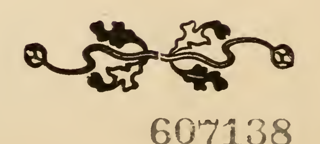
Amorós

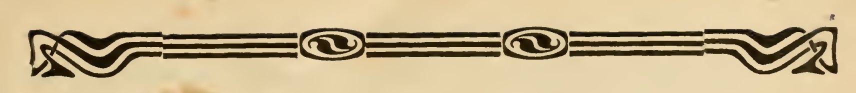
REPARTO

Personajes		Actores
D.ª Concepción	Doña	Concepción Oliver.
Elena	"	Carlota Sanfort.
Una criada	"	María Llibre.
Mujer 1.ª	"	María Villaplana.
Salvador	Don	Pedro Rodrigo.
Ignacio	"	Pedro Sanchez.
Cabrera	"	Salvador Orozco.
Antonio	"	José Guzman.
Juan	"	Vicente Arroyo.



CORO GENERAL





ACTO ÙNICO

CUADRO PRIMERO

Salón elegante.—A la derecha dos puertas, la del segundo término comunica con la calle. — En la izquierda una puerta que se supone dá al pasillo y habitaciones interiores.—En el foro balcón practicable.—En el espacio que hay entre las dos puertas de la derecha, un piano con partitura y papeles de música.—En la izquierda una mesa de ministro con todo lo necesario.—En el fondo derecha é izquierda estanterías, libros, etc. etc.

ESCENA PRIMERA

Aparecen D. IGNACIO y D.ª CONCEPCIÓN, sentados al lado de la mesa ministro. — Despues ELENA por la derecha.

Ign. Nada, nada señora, lo repito su hijo se ha empeñado en seguir el mal camino.

Conp. Y usted que tanto sabe, no encuentra un medio para salvarle, para que comprenda cual es el verdadero camino y deje de presidir y defender, esas juntas y sociedades que le empujan á la perdición?

Ign. Lo veo dificil. La juventud de estos tiempos educada á la moderna, en esos centros de corrupción, donde bajo pretexto de enseñanza. aprenden de niños, lo que debieran ignorar de hombres, no es facil de convencer. Antes se educaba la juventud, la mayoria en los conventos en el santo temor de Dios, hoy la moderna escuela ó la escuela moderna que la transposición en nada altera el sentido gramatical, apenas tiene un jovenzuelo que dicen que vale, ya están procurándole una pensión del Estado, para que vaya á París, Londres, Alemania; paises don-

de se habla del cielo por números, donde se calcula las toneladas de material que harian falta para hacer una nueva Babel donde nadie se entiende y los jóvenes educados en esa atmósfera viciada, no creen más que dos y dos son cuatro, y al que tiene fé le llaman iluso, visionario: ¡Torpe! su hijo es de esos.

Conp. Mi hijo... no es malo.

Ign. No digo que lo sea, pero está en camino de serlo; si no se corrije, si sigue como hasta aquí, presidiendo esas juntas de obreros de desoveidos, su perdición es evidente. Por el pronto ya está excomulgado.

Conp. ¿El?

Ign. O lo que es lo mismo, el papelucho ese de que es director.

Conp. ¡Dios mio!

Ign. Pero no hay que alarmarse señora, su hijo, aunque impio, no es torpe, y comprendiendo que lo que defiende es una mala causa, oculta su nombre bajo un seudónimo.

Conp. ¿Pero la excomunión?

Ign. Eso ya es otra cosa. La excomunión, como todo lo eclesiástico, va á quien es responsable, aunque se ignore el nombre.

ESCENA II

Dichos y ELENA (1.ª derecha)

Eln. Buenos dias. ¿Que es eso? Porque lloras, tita?

Ign. Motivos tiene. Su hijo....

Eln. Qué? Hable usted. Que le ha pasado á Salvador? *(asustada).*

Ign. ¡¡Excomulgado!!

Eln. *(con naturalidad)* Crei que era otra cosa.

Ign. *(asombrado)* Le parece poco?

Eln. *(con naturalidad)* Tambien lo estoy yo.

Conp. *(simultaneo)* ¿Tú?

Ign. » Usted?

Eln. Como leo el periódico también me alcanza. Pero no te preocupes, ni te alarmes por eso; casi todo el mundo lo está, y muchos sin saberlo, pues es muy corriente en estos tiempos de perversión, como diría don Ignacio.

Ign. Otra que tal.... Doblemos la hoja. Delante de esta chiquilla, no podemos seguir hablando. Se conocen que no pierden el tiempo, y que su hijo se está fabricando, una mujer á su manera, para el dia en que se casen, si es que se casan. ¡Que tiempos!

Conp. ¿Entregó los fondos destinados por mi esposo, al hospital?
Ign. Si señora. Pero creí oportuno hacer algunas reformas en el reparto, y en nombre de usted......
Conp. Que reformas son esas?
Ign. Pues... *(Sale por la 2.ª derecha una criada con una tarjeta).*
Crid. Señora...
Conp. Que hay?
Crid. Esta tarjeta.
Conp. Vea usted Don Ignacio.
Ign. *(cojiendo la tarjeta y lee)* Las señoras que componen la junta del Niño Jesús, desean ser recibidas.
Canp. Que pasen.
Crid. Bien señora
Ign. Páselas á mi despacho.
Crid. Bien señor. *(Hace mutis la criada).*
Conp. Que querrán?
Ign. Es muy sencillo, señora. Como ha quedado vacante la presidencia por defunción, sin duda, han pensado en usted, para ese cargo.
Conp. Yo no debo aceptar, yo no merezco... *(Levantándose).*
Ign. Al contrario señora. No debe rechazar de ningún modo, lo que sin duda alguna Dios le envia, para premiar sus desvelos por los que sufren. *(Vanse hablando por la izquierda).*
Eln. ¡Este don Ignació! ¡Este don Ignacio!

ESCENA III

ELENA y CABRERA por la 2.ª izquierda

Cabr. Buenas y gordas...
Eln. Cabrera!
Cabr. Digo.., Alabado sea Dios.
Eln. Amen.
Cabr. Y su señora tía?
Eln. En el despacho la tiene usted con don Ignacio y unas señoras.
Cabr. Pues voy enseguida...
Eln. Con unas señoras que componen la junta del Niño Jesús.
Cabr. Siendo así me quedo.
Eln. Claro. Si estuviera con ellas la rubia...
Cabr. Que rubia?
Eln. La de ayer.

Cabr. Y cual es la de ayer?

Eln. No se haga el desentendido por que le ví. Yo estaba en el portal de enfrente esperando á que terminara de llover, por no mojarme, y....

Cabr. Ve usted, eso de la mojadura, me hace acordar de... pero ya comprende usted que... una pobre señora... No llevaba paraguas... y como llovia, pues... eso... es...

Eln. Si, si; Buen pez está usted, santo de pega. Por la mañana á oir misa y entre dos luces se dedica...

Cabr. Yo? Usted me confunde... Interpreta mal mis sentimientos... mi amor al prójimo en general....

Eln. Si, y á las prójimas en particular.

Cabr. Por Dios, señorita, un hombre como yo... una pobre señora...

Eln. Joven y bonita.

Cabr. Es una devota.

Eln. Eso es, del Salón Vert en donde trabaja de bailarina.

Cabr. Cómo sabe usted?

Eln. Toma? porque estuve el Sábado con mi primo.

Cabr. Usted?

Eln. Y usted tambien.

Cabr. Si, pero fué casual. Al pasar un cartel sugestivo... que en letras muy grandes decía, ENSEÑANZA MORAL Y DE LA OTRA, y el afán de aprender, me llevó, hasta...

Eln. El proscenio verde frecuentado por las bailarinas donde la convinación de luces, no permite ver el interior... ¿Que le parece á usted señor mío?

Cabr. Pues que está usted muy al corriente de las interioridades... Pero usted?.....

Eln. Qué tiene de extraño, si fueran hombres los que representan en esos salones, santo y bueno pero, yo no ví mas que mujeres.

Cabr. Si, pero... una señorita...

Eln. Una señorita no debe asustarse de ver á una mujer vestida de bailarina, porque resulta ridículo criticar á las cómicas y artístas, que sujetándose á una época visten el traje que vistieron nuestros antepasados y más ridículo, cuando la mayoría de las que critican, están esperando que haya una función de gala para lucir el descote y eso no se critica.

Cabr. Pero y los couplets?

Eln. Los couplets no tienen nada de inmoral, porque si lo tuvierán la autoridad no dejaría representarlos, es el público el que les

dá una interpretación torcida. Si la criada se retarda en servir un plato y el señorito se lo pide, se rien; si en determinadas ocasiones se piden algunos manjares tambien. Pues siendo el público el malévolo, porque se ha de decir que es inmoral tal ó cual chiste, ese ó aquel couplet, porque se han de asustar las señoras de eso, que aún suponiendo que sea inmoral lo es menos que las novelas de Paul de Cok, que gozan del favor de muchas señoras, que se asustan de ver á una mujer en trage de punto y de oir un couplet como este.

MÚSICA

Eln. Casi todas las noches
me suele suceder
que al acostarme sueño
y oid lo que soñé
soñé que me casaba
y tanto me gustó
que al despertar pensaba...

Cabr. Qué?

Eln. Me guardo mi opinión. (*Hablado con la música*).

Eln. Es inmoral?

Cabr. Si manifestara la opinión quizás, pero falta otro couplet y después la machicha infernal.

Eln. No lo sé.

Cabr. Pués yo sí.
Cuando estuve en la India
á fumar aprendí
en una pipa larga
con ópio del pais
á España traje una
pero le disgustó
á Rosa lo del ópio......

Eln. Qué?

Cabr. Y me lo destrozó. (*Hablado con la música*).

Después de esto sigue el salto del tapón, si quiere bailarlo haga lo que yo.

MACHICHE

HABLADO

Cabr. No puedo más, basta por Dios si nos vieran... si supieran que yo, digo, que usted...

Eln. No me quita el sueño, lo que puedan decir.

Cabr. Pues á mi sí, con decirle á usted que desde que fuí al Salón Vert no puedo dormir. Caracoles alguién viene.

Eln. Es Salvador.

Cabr. Don Salvador? Que no me vea.

Eln. A dónde vá?

Cabr. A ver si la señora me necesita y luego al sermón. *(Vase por la derecha).*

Eln. Já, já! Pobre hombre.

ESCENA IV

ELENA y SALVADOR (por la izquierda)

Salv. De que te ries?

Eln. Calla hombre. Si llegas á entrar antes, me coges bailando la machicha infernal con Cabrera.

Salv. Que loca eres... Si te llega á ver don Ignacio.

Eln. Eso es lo que temía, es decir, temerlo no, pero cuantos menos pretestos tenga respeto á mi...

Salv. No te comprendo.

Eln. Encuentro natural el no comprenderme, como tus ocupaciones te dejan tan poco tiempo libre, resulta que vives más bien fuera de casa, y no te enterás de que ese don Ignacio ó San Ignacio, como tú le llamas, va minando el terreno, y poco á poco se apodera de la voluntad de tu madre, y ese es mi temor. Lo intentará todo con el sólo objeto de que no se verifique nuestro casamiento, porque de esa manera pasarán á poder de la junta que el administra, esos miles de duros que deben entregarnos el día de nuestra boda. ¿Comprendes?

Salv. Más que tú á mi, cuando supones que no estoy al corriente de lo que pasa aquí. Mira, en estos momentos la junta de señoras esas las del niño Jesús, están catequizando á mi madre para que sea presidenta. Don Ignacio, creyendo que me molesta, hará los posibles para que mi madre acepte; y eso es lo que yo quiero precisamente, pues siendo ella presidenta de una socie-

dad contraria á la que yo presido, no podrán hacerme daño. Mi madre será la presidenta honoraria... yo el efectivo, pues mi madre hará lo que yo quiera.

Eln. O lo que quiera don Ignacio.

Salv. No, á ese quizá hoy mismo los acontecimientos le destronen. ¿Has leido el Espíritu del siglo?

Eln. No he podido. Se ha apoderado de él, don Ignacio y no lo he visto! Como está excomulgado!

Salv. Conque don Ignacio? Claro no puede ser otro. Quiere parar el golpe, pero ya es demasiado tarde.

Eln. Calla, que salen.

Salv. Salen, pues *(suene á lo lejos el himno mezclado con las voces del pueblo que lo victorea)* á buen tiempo llega.

Salv. *(Desde el balcón)* Voz del pueblo, voz del cielo.

Eln. Qué es eso?

Salv. Estos son los que van á destronar á don Ignacio.

ESCENA V

Dichos, D. IGNACIO y D.ª CONCEPCION por la Derecha

Conp. Qué ruido es ese?

Ign. Cuatro desarrapados que se complacen en alborotar, señora. Seguro estoy que á la cabeza de esos alteradores del orden, se encuentra su hijo.

Salv. Está usted equivocado don Ignacio; aunque no en un todo, pues no estoy ahora con ellos, porque necesito hacer acopio de facultades para la asamblea de esta tarde, donde es de importancia el que me oigan. Después gritaré hasta quedarme ronco.

Ing. Si! ya sé que eres uno de tantos ilusos.

Salv. Uno de tantos, sí, porque somos muchos, pero ilusos *(voces dentro)* Oiga... oiga...

Conp. Pero, ¿que voces son esas?

Ign. Que ha de ser! cantos revolucionarios.

Salv. De los ilusos que dejan de serlo, puesto que se salen con la suya.

Ign. Aún falta mucho para el triunfo, pero no me serprendería que aquí, en este país dónde están dejados de la mano de Dios por viles imitadores de la Francia, triunfara una mala causa.

Salv. Si, tiene usted razón, aquí en esta pobre España, dónde sólo

son patriotas los de abajo, para triunfar necesitan la imitación de las naciones libres como la Francia. ya que los cerebros privilegiados solo son Españoles para medrar. Aqui dónde se gastan un *millón* de *pesetas* para que no se desmorone un *campanario* y se deje venir abajo un *hospital*: aquí dónde se hacen limosnas de miles de duros para santos de madera y se niega un pedazo de pan para seres de carne y hueso; tenemos que imitar á los pueblos en que se desalojan los templos para hacer hospitales, y se funden las campanas, para hacer cañones, que arrojen por sus bocas de fuego la metralla que barre á los parásitos de *contornos negros*, que nos maldicen.

Ign. Basta, basta. Esto es intolerable. Ya que no pueda con mis consejos y los de tu santa madre, apartarte de esas ideas revolucionarias, te suplico que moderes tus palabras, al menos en mi presencia.

Conp. No sé; no sé á quien sale este chico, porque en nuestra familia...

Salv. En nuestra familia ha habido muchos hipócritas, mamá.

Conp. Qué dices?

Salv. Recuerdo si nó á mi tio, el reverendo y santo...

Conp. Calla.

Salv. Por la mañana, decia la misa de alba.

Conp. Salvador!

Salv. Y por la noche tocaba á vísperas.

Ign. ¿Te atreves á murmurar de aquel santo?

Salv. Es verdad... pero de carne y hueso; hombre al fin á quien gustaban mucho las santas *subterráneas*.

Conp. ¿Pero que supones?

Salv. Si eso lo sabe todo el mundo. No sé de que se extrañan ustedes pues algo debian de sospechar cuando tanto le criticaban.

Conp. Nosotros!

Salv. Sí... y eso era cada vez que cambiaba de ama de llaves (que lo hacía muy amenudo). Se reunian ustedes con una porción de personas piadosas, y piadosamente le hacian el pellejo á tiras. Sin ir más lejos, recuerdo que pocos dias antes de morir, alguien *(por don Ignacio.)* dijo en una de aquellas reuniones íntimas, que en vida de mi padre se daban en esta casa esto, hablando de mi tio. «No cabe duda es un santo, pero es particular lo que les ocurre á las amas de llaves que tiene. Vienen del pueblo flacas, que parecen enfermas, y á los tres ó cuatro meses de estar en su casa tienen que volver al pueblo por

prescripción del médico. El dice si alguno le pregunta, que se van porque no les prueba esto; pero yo creo que es lo otro... ustedes sabrán que era lo otro, porque el que hablaba, bajó la voz y no me pude enterar.

Conp. ¿Y dices que esto se dijo en esta casa?

Salv. Si mamá, estoy seguro.

Conp. Oye usted don Ignacio?

Ign. Demasiado que oigo, señora.

Conp. Y qué dice usted á esto?

Salv. Pues que va á decir. Que es la verdad, Don Ignacio estaba. (*á Elena*) Era él.

Ing. Si, en efecto; creo recordar que algo se decía... pero después de su muerte se ha visto que era un santo.

Salv. Claro! Como que era un hombre de mucho talento. No hay más que ver su biblioteca. La mujer adúltera, Maria Magdalena... En fin todas las arrepentidas.

Ign. Jesús!

Conp. Que profanación!

Salv. No te escandalices, mamá que fueron santos.

Conp. No es ese el camino Salvador, no es ese. ¿Que consigues con hablar así de los tuyos?

Salv. Igualarlos á los demás por sus obras, por aquello de... Quien dice la verdad, ni peca ni miente.

Ign. No obstante, debe saber decirse.

Salv. Claro; la verdad en familia, resulta la verdad desnuda, *por que nos conocemos* y no podemos engañarnos. Y á veces molesta. Hay que vestirla á capricho. Así pasa que en una familia de santos, sale un diablo como yo, ¡bueno! pero esto el solo mientras vive uno. Si hoy muriera tengo la seguridad de que mi familia, me discutiría con la mentira saludable y acabaria por ser el digno descendiente de aquellos santos varones. Por ejemplo. Hoy voy en la manifestación á llevar una bandera; en una manifestación revolucionaria... bueno, pues la verdad en familia diría que era un pendón y *tuti contenti*.

Conp. ¡Qué dices hijo mio!

Ign. Serás capaz de llevar una bandera?

Salv. Para eso no creo se necesite mucha capacidad.

Conp. No quiero que vayas, podrá sucederte algo.

Salv. No temas mamá, hay menos peligro en las manifestaciones del

pueblo que en las de una entidad: Dígalo sinó don Ignacio, que fué de pendón.... por semana santa.

Ign. Yo no he de decir nada.

Conp. Que pasó?

Salv. Pues que el encargado de llevar el Cristo por devoción á unas cuantas pesetas, en cada estación entraba en una hermita á tomar algún refrigerio para reparar sus fuerzas, por que el Cristo de estos tiempos es más pesado que el de antaño, y antes de llegar á la quinta estación ¡Cataplúm! dió un traspiés... no porque estubiera borracho como decían malas lenguas sinó porqué tropezó con un papel que se le figuró que era una piedra, y á don Ignacio que iba detrás se le vino el mundo encima en forma de Cristo, y á no ser por tres ó cuatro pendones que lograron amortiguar el golpe, á estas horas está contándoselo á San Pedro para que lo deje entrar en el cielo.

Ign. Cuentas las cosas de un modo que.. ..

Salv. Es mentira?

Ign. No digo que lo sea pero empleas un lenguaje que estoy por creer... más claro, creo que has puesto toda la malicia de que eres capaz con el fin de molestar... á tu santa madre.

Salv. Y á usted no?

Ign. A mi también, porqué ya sabes que me desagrada y me mortifica la forma epigramática que tienes para contar las cosas

Salv. Y si las cosas son tocante á *cosas: sobre todas las cosas.*

Conp. No tiene enmienda dispénsele usted, don Ignacio.

Ign. Para que Dios nos perdone tenemos que perdonar.

Salv. Eso es muy grande, ahora que solo se esplica, cuando no se puede castigar bárbaramente y nada más que en las deudas morales, que en las *metales...*

Ign. Lo mismo.

Salv. Que se lo pregunten al famoso banquero Arellano que habiendo caido en un lazo, le estafaron. Todos al saber por el mismo Arellano la forma en que había sido, renovarón las letras dando tiempo al tiempo. Pero tuvo que saltarse la tapa de los sesos, debido á la intransigencia de algunos que predican amar al prójimo como á tí mismo, interpretando las máximas á á capricho.

Ign. Sí, pero en cambio á don Santiago.

Salv. Claro, como ese no tenia un cuarto, ni cosa que lo valiera, tuvierón que perdonarselo por incobrable, !á la fuerza ahorcan!

ESCENA VI

Dichos y JUAN procedido de la criada que se retira

Juan. Señoras. *(saludando)*.
Salv. ¡Hola Juan!
Juan. Abajo están esos esperándote para romper la marcha.
Ign. Supongo que no irás.
Juan. Este hombre!
Salv. Calla *(á Juan)*. Vamos.
Conp. ¡Hijo!
Ign. *(imperioso)* Detente.
Eln. Que te va á excomulgar.
Ign. (*molesto*) Señorita...
Salv. Voy á defender los derechos del hombre.
Eln. Y yo contigo.
Juan. Bravo.
Ign. ¿Cómo?
Conp. ¡Elena!
Salv. Acepto.
Ign. No irá.
Salv. De mi brazo. (*Oyense voces del pueblo que se aproxima*).
Juan. Ya llegan.
Ign. Señora, cumpla usted con su deber, no consienta que se marchen.
Salv. Señor administrador, cumpla usted con lo suyo, ese es su puesto. *(Señalando la mesa de ministro)*.
Conp. Hijo mio! Elena!
Salv. No temas madre. Son los hijos del pueblo. En marcha. *(vanse por la derecha)*.
Conp. Dios mio, no les abandones. *(Suena el Himno)*.
Ign. No tema, los lobos entre si no se muerden.

MÚSICA • Himno

Coro (*Dentro*)

Coged el arma
coged hijos del pueblo
y estemos todos dispuestos á luchar
hasta perder la vida
por los derechos

del hombre
al son del himno nacional.

—

Mueran ya los traidores de la pátria
que maldicen al pueblo sin cesar
y juremos morir como valientes
defendiendo la santa libertad.

Telón lento.

CUADRO SEGUNDO

Jardín, verja al fondo con entrada por el centro, á la izquierda y en segundo término escalinata con una puerta que se supone conduce al interior de la casa en los primeros términos derecha é izquierda, dos bancos de jardín, macetas con flores repartidas por la escena, etc. etc.

ESCENA PRIMERA

D.ª CONCEPCION y D. IGNACIO. La primera sentada en el banco de la izquierda, el segundo paseando.

Conp. Cuanto tarda Dios mío!
Le habrá pasado algo?

Ign. Si me hubiera usted creído, no estaríamos ahora intranquilos. *(Voces dentro.)*

Conp. Qué es esto? *(Sobresaltada.)*

Ign. Ya lo oye usted, la gente corre en todas direcciones veo la mano de esos perturbadores en todo esto. Dios quiere que no tengamos que sentir.

ESCENA II

Dichos y CABRERA por el foro, manifestando un ánimo que está muy lejos de ser tranquilo.

Conp. Hola, señor Cabrera!

Ign. Pero que le pasa, viene sin habla.

Cabr. Ay! Gracias á San Antonio que estoy en sitic seguro! No me siguen, verdad?

Conp. Pero quién?

Cabr. No, no me siguen.

MÚSICA

Cabr. En la esquina de esta calle
he podido despistar
al pueblo que me seguía
con intención criminal
gritan como descosidos
recorriendo la ciudad
maltratando al que se opone
á tanta perversidad.
Han saqueado la iglesia
y el palacio episcopal
y monseñor el obispo
ha tenido que gritar
por mandato de esos pillos
que viva la libertad.
Conp. Jesús!
Ign. Dios mío.
No sé dónde vamos á parar.
Cabr. No paran aquí las misas.
Nuestra rica catedral
ha quedado convertida
en un mísero hospital.
Ign. Y las tropas?
Cabr. Impasibles.
Conp. Y el gobierno?
Cabr. Nada puede;
como les oye gritar
viva España cuando asaltan
y además es liberal
tiene que gritar con ellos
que viva la libertad.

HABLADO

Conp. Que tiempos hemos alcanzado.
Ign. Esto es la fin del mundo.
Cabr. Esto no es nada comparado con lo otro.
Conp. ¿Qué otro?
Cabr. Lo que me ha pasado.

Ign. Pero todavía más?

Conp. Que ha hecho usted?

Cabr. Pues nada, he cometido el enorme delito, en estos tiempos de oir un sermón ¡¡y qué sermón señora!!

Ign. Bueno, ¿eh?

Cabr. A mi aún me duele.

Conp. El sermón?

Cabr. No, un estacazo que me han dado en la sacristía, consecuencia del sermón.

Conp. Pero como ha sido eso?

Cabr. Pues muy sencillo señora, dejando caer el bastón sobre mis costillas.

Conp. Digo que como ha sucedido.

Cabr. Pués verán ustedes. El encargado del sermón (permítame que lo tome desde el principio para que juzguen.) Pues como decía, el encargado del sermón, era nuestro reverendo amigo mosen Francisco. Estaba el templo imponente ¡qué gentío! los altares iluminados... los santos... en sus altares con sus caras plácidas parecía que participaban de la emoción *espectante* que había por escuchar las sabias y santas palabras de mosen Francisco. El tema del sermón se reducía á pintar las penas del infierno, al aparecer el santo padre cesaron las oraciones, las toses, hasta se contuvo la respiración para no perder una letra de sus preciosas palabras. Bueno, pues en medio de aquel silencio espectante. Empezó el sermón... Llevaria ya nuestro reverendo amigo las tres cuartas partes consumidas cuando empezó á hacer la descripción del infierno, de sus máquinas diavólicas (todas fuego según él) y al tratar de sus habitantes perpétuos é imperpétuos, dijo... más ó menos estas palabras «La cabeza es fuego, el pecho es fuego, los brazos son fuego, las piernas son fuego, el .. No puedo precisar lo que dijo porque no le dejó concluir la voz de un demagogo que gritó. «Que avisen á los bomberos». Escuso decirles que con tal motivo se armó un barullo de mil diablos, los fieles que protestaban, los infieles que no callaban, las mujeres se desmayaban, los niños lloraban ¿á que seguir? ¡¡apocalíptico!! En esto cuatro hombres que pretenden entrar en la sacristía, yo que quiero impedirlo y me dan de palos, ellos que penetran, buscan la caja en que está la luz eléctrica y cortan la corriente dejando el templo en tinieblas. Entonces ví las estrellas; empujones, pisotones arañazos

de varios que querian ganar la puerta y para conseguirlo se agarraban á lo primero que se les ponía al alcance de la mano. En resumen, el uno que me toma, el otro que me deja por imposible hasta que por fin jadeante y maltrecho llego á la puerta en donde tropiezo con una señora obesa que obstruía el paso porque se le había perdido la peluca y la estaba buscando. Yo que pretendo salir; unos que pretenden entrar y lo consiguen, me empujan, vuelvo á tropezar con la señora, caigo encima, me levanto agarrándome á donde puedo; voy á ganar la puerta y en esto, ¡luz! miro al púlpito y ¡¡oh!! profanación! veo sustituido á mosen Francisco por un revolucionario que ondeaba una bandera española, por poco me dá algo.

Conp. Y le dió?

Cabr. No: me dieron un puñetazo que me hizo toser porque protesté de la ovación formidable que atronó el templo al ver en el púlpito al revolucionario. «Compañeros, viva la libertad» dijo el del púlpito y como si todos fueran un solo hombre entonaron la Marsellesa.

Ign. Horrible sacrilegio!

Cabr. Al terminar aquel canto de los infiernos un silencio satánico (permítanme que no diga religioso) pues aquello parecía una asamblea revolucionaria; invadió el templo, se podía oir el adleteo de una mosca, el demagogo del púlpito al que Dios confunda y no conmigo, sacó un periódico y nos encasquetó el artículo que ha traido, todo este barullo, titulado «*La Iglesia y el Hospital*», cada frase, cada párrafo mortificante; para los pobres creyentes, era acogido con muestras de aprovación indiscriptible que se traducía en aplausos formidables, como yo no aplaudía empecé á llamar la atención de los que me rodeaban; comprendiendo que de seguir así se me venía encima la segunda tanda de palos me escurrí marchando en busca del altar de San Miguel y me puse bajo su protección.

Conp. Y le valió?

Cabr. Una lluvia de estacazos que me propinaron aquellos sectarios porque se creyeron que pretendía apoderarme de las joyas que tiene el santo y á puñetazos me arrojaron del templo, algunos me siguieron; hasta que conseguí darles esquinazo, metiéndome al amparo de esta su casa, y aquí termina esta gloriosa página de mi vida.

ESCENA III

Dichos, ELENA y SALVADOR que habrán salido un momento antes

Salv. Si pero le advierto que continua en el capítulo siguiente.
Cabr. ¿Que quiere usted decir?
Salv. Pues que está usted descubierto.
Conp. ¡Como! ¿Que dices hijo mío?
Ign. ¿Serás capáz?
Cabr. Demonche! ¿En que casa me he metido?
Salv. Pues en casa del autor del artítulo «*La Iglesia y el Hospital*».
Ign. ¡Ah! ¿Eres tú? Algo presumia yo.
Salv. Y hacía usted bien. Quién si no yo podía saber que los fondos destinados, para mejoramiento del Hospital, los dió usted sin contar con mi madre, que se los confió, para reconstruir un campanario?
Conp. Qué dices, hijo? ¿El dinero que yo dí por consejo tuyo para saneamiento del santo Hospital? Señor don Ignacio... eso... es una .. mala acción.
Ign. Estoy seguro de que cuando usted sepa el porqué.
Conp. Lo condenaré como ahora, eso no está bien.
Ign. La iglesia estaba en malas condiciones.
Eln. Peor están los pobres que por falta de camas tienen que ir á morirse en medio de la calle.
Ign. El campanario amenazaba ruina.. podia venirse al suelo...
Conp. Y las vidas de esos desgraciados? O es por ventura más humano y caritativo la conservación de... una cosa que sólo sirve para molestar al vecindario, que la vida de un hombre? Campanas! Campanas! (¡Miserable!)
Ign. Como se llamaria á los fieles?
Eln. Los fieles cuando lo son no necesitan aviso para cumplir con Dios, como tampoco hace falta ir á la iglesia para ser buena cristiana.
Ign. Pero que está usted diciendo. Oye usted? *(á doña Concepción).*
Salv. La verdad; todos los sitios son buenos para rezar, pues Dios está en todas partes.
Cabr. *(aparte)* Es verdad, yo no lo he visto, pero es verdad.
Ign. Pero que cambio es este?
Salv. El que usted ha dado á los cuatro millones, la comparación es exacta. Ella es el hospital que está en ruina; usted la iglesia

que edifica con el caldo de los enfermos y yo el puntal que se quita y todo se viene al suelo, resultando de todo esto, que solo usted es el responsable de lo que sucede.

Ign. Yo?

Salv. Usted *santo hombre;* porque si hubiera usted cumplido con su deber jo no hubiera tenido necesidad de decir lo que he dicho en la prensa y el pueblo, no chillaria como chilla.

Conp. Ni en la iglesia se hubiera cantado la Marsellesa.

Cabr. Ni á mi me dolerian las costillas; eso sobre todo; y en segundo lugar...

Ign. Usted lo que debe hacer es callar.

Cabr. Es que yo soy...

Ign. Un pobre diablo que no sabe más que rezar.

Cabr. Por que rezando aseguro el pan nuestro de cada día, pero tambien sé coger un fusil para el dia que me falte.

Ign. Resulta que es usted un impio.

Cabr. Yo no tengo más aspiraciones... que un buen cocido. El día que me falte rezando aprenderé á maldecir; lo único que siento es no haber aplaudido á los que cantaban.

Ign. Que situación tan violenta, el cielo parece que se desploma sobre mí! ¡Oh! *(á lo lejos suenan voces y vivas que no se entienden aunque se supone de que van aproximándose á medida que avanza el diálogo, hasta que resulta imponente).*

Conp. Que ruido es ese?

Salv. El pueblo que despierta madre.

Cabr. Dios mio, ahí están los de la leña.

Conp. *(que habrá subido al fondo).*
Que gentío. ¡Cuanta mujer!

Salv. Las hijas del pueblo que resucitan. Sólo por presenciar este espectácu'o vale la pena de haber vivido.

Conp. Pero que dicen?

Salv. Ya puede usted figurarse lo que dice un pueblo ansioso de justicia. Aclaman á los que fueron mártires de sus ideas, y maldicen á los que solo defendieron su causa para medrar. *(voces dentro).*

Conp. Ya están ahí.

Cabr. Creo en Dios padre, todo poderoso.

Ign. Que hace usted?

Cabr. Mi oficio, haber si puede usted hacer el suyo.

Salv. Que va usted á hacer don Ignacio. *(que haido ganando poco á*

poco el término izquierdo con la santa intención. de desaparecer por la escalera),

Ign. Hombre, esconderme por prudencia.

Salv. ¡Atrás! Mi casa les ampara pero no les oculta.

Conp. Virgen mía, ten piedad de nosotros.

Cabr. Me veo dando zapatetas en el aire. *(escondiéndose detrás del banco).*

Ign. Les venderé cara mi vida. (*saca un revolver*).

Cabr. *(Quitándoselo)* Guarde usted eso que es para hombres solo.

Eln. Ya están aquí.

ESCENA IV

Dichos, JUAN, ANTONIO y gente del pueblo

J. y A. (*Saludando)* Señora...

Conp. ¡Compasión! *(Señalando á D. Ignacio y Cabrera)*

Ant. ¡Que veo! *(Corriendo al fondo y gritanto á los de la calle.)* ¡Compañeros! aquí están los que buscamos.

Voz. Muera el tirano.

Salv. Que has hecho Antonio?

Ant. Justicia. ¿Le ocultas?

Salv. Mal puedo ocultarlos, cuando os franqueo la entrada para que los veaís. ¡Atrás! *(Conteniendo al pueblo que quiere precipitarse sobre D. Ignacio y Cabrera)* ¿Desde cuando los hijos del pueblo pegan en cuadrilla como los ladrones?

Ant. Le defiendes.

Salv. Están en mi casa y si no les oculto les amparo. El hombre que niega protección á otro hombre que suplica y por temor á comprometerse le abandona no merese llamarse hombre. Mil ejemplos más grandes que el presente encontrareis en las páginas de la libertad, en que el peso de las leyes cayeron sobre ciudadanos honrados, que no cometieron más delito que ser buenos, sacrificando su existencia en servir á sus semejantes, practicando la doctrina de Cristo, socorrer al menesteroso, amar al prójimo como así mismo, resultando víctimas todos de su inmenso amor á la humanidad que pagaron su altruismo sentándose en el banquillo de los criminales.

Juan. El caso no es el mismo.

Salv. Tienes razón, ni siquiera tengo el derecho á compararlo, porque en el caso presente hago lo que todos haríais, amparar á un hombre que se encuentra en mi casa.

Ant. No haría él lo mismo.

Salv. Hagámoslo nosotros y demos ejemplo. Que consiguiríamos, con hacer un escarmiento con uno, cuando son tantos? Creeis que así se consigue estirpar el mal? Al contrario se fomenta el odio. Cuando seamos fuertes más de lo que lo somos y estemos seguros del triunfo, si se nos pretende negar nuestro derecho, entonces si hay que matar se mata, pero no á uno solo, no es poco, será preciso extirpar de raiz ese cáfila de buitres y lechuzas pestilentes que tienen enferma á la sociedad.

Ant. ¡Abajo la tiranía!

Pueblo ¡Abajo!

Salv. Don Ignacio, el pueblo, ese pueblo á quien califica de impío los que piensan como usted, le deja el paso libre.

Cabr. *(Aparte)* Todos los pillos tienen suerte.

Ign. Que humillación.) Señora....

Conp. Beso á usted la mano.

Ign. Adiós. (*mutis foro*).

Salv. Y usted rezador de oficio.

Cabr. Señores... ¡Viva la libertad!

Voces. Fuera... fuera á la calle! (*mutis foro*).

Salv. Dejadle que harto castigo tiene quién como el se alimenta de oraciones, y tú... madre. ¿ves como este pueblo no es lo que te habían contado? Los impíos, los demagogos son los que en las garitas tenebrosas de ciertas casas, fabrican la discordia de los hogares, los que debido á cierto privilegio antiguo y detestable poseen los secretos de las familias y los emplean en provecho propio, los que en el lecho de muerte, reforman los testamentos, los que á cambio de billetes de banco, dan billetes para el cielo, como si el cielo fuera cotizable, los que hacen eso, esos son los malos; Pero pronto, muy pronto el triunfo de la libertad, hará caigan en escombros los lugares en que se fomenta el odio á los hombres libres, edificando sobre sus ruinas humanidad nueva, amante de justicia justa, de libertad y del bien de la Patria.

Eln. Muy bien!
Mujeres! Quereis conquistar los mismos derechos que el hombre?

Todas Si!

Eln. Pues sigamos su ejemplo.

Mj. 1.ª Una bandera.

Salv. La Española.

Mj. 1.ª La tienen los soldados.
Salv. Nos la darán son hijos del pueblo. Seguidme y viva España y al despertar de un pueblo sea el asiento de una *Patria nueva.*

TELÓN

